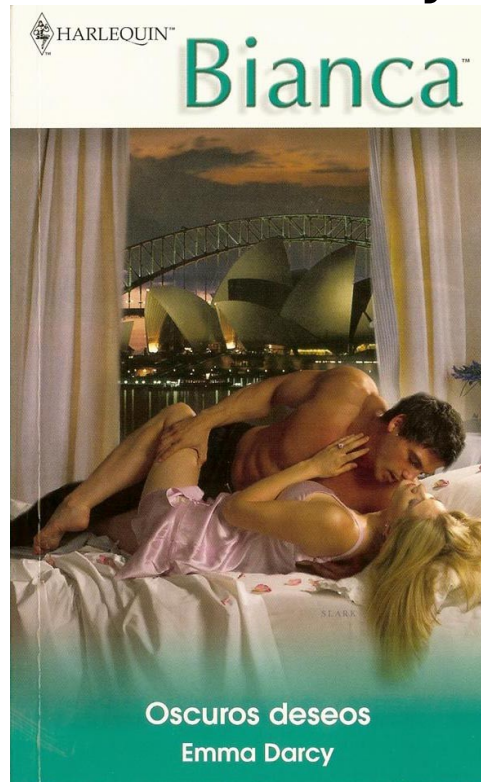


Oscuros deseos

Emma Darcy



Oscuros deseos (2007)

Título Original: The billionaire's scandalous marriage (2007)

Editorial: Harlequin Ibérica

Sello / Colección: Bianca 1775

Género: Contemporáneo

Protagonistas: Damien Wynter y Charlotte Ramsey

Argumento:

¿Por qué no aceptar su escandalosa proposición si así podía tener el hijo que tanto deseaba?

Damien Wynter era tan arrogante como guapo, por lo que tratar con él era como bailar con el diablo. Pero la rica heredera Charlotte Ramsey se sentía atraída por el millonario británico a pesar de que lo había odiado desde el momento en que lo había visto por primera vez.

No quería ni verlo... hasta que el hombre con el que había planeado casarse la dejó en el peor momento posible y Damien le propuso un desafío: que se casara con él y

después se quedara embarazada... ¡y al infierno con el escándalo!

Capítulo 1

Faltaban sólo dos semanas para la boda. Charlotte Ramsey sabía que debería estar contenta. Pero no era así. Toda la semana anterior había tratado de ser positiva al pensar que se casaba con Mark... pero no había servido de nada. Por mucho que intentara convencerse de que su padre no podía destruir sus sentimientos al respecto, éste lo estaba consiguiendo. Así que tenía que resolver ese problema. Inmediatamente. Antes de aquella noche.

Tenía los nervios agarrados al estómago y no dejaba de darle vueltas al dilema mientras iba conduciendo desde el centro de Sidney a la mansión familiar de Palm Beach, un viaje que duraba una hora.

Era imposible estar contenta con la boda si su padre persistía en mantener una actitud inaceptable hacia el hombre con el que se iba a casar. La forma en que había tratado a Mark el día de Navidad..., y si hacía lo mismo aquella noche... se le encogió el corazón al pensarlo. Era algo que le hacía mucho daño. Tenía que hablar con él, hacerle entrar en razón. No aprobaba que Mark fuera su marido, y era inútil esperar que lo hiciera en el futuro. Mark no era su tipo. Pero era el adecuado para ella, el mejor que podría encontrar, y tenía que convencer a su padre de que respetara su elección, al menos que lo hiciera por ella.

La boda estaba ya muy próxima. Esa vez su padre tendría que escucharla. Se sintió sofocada al recordar la violenta pelea que habían tenido cuando anunció su compromiso matrimonial. Había desafiado claramente la desaprobación de su padre y le había amenazado con no volver a verlo.

—Te guste o no, papá, me voy a casar con él.

Su padre se había sentido tremendamente frustrado con su decisión.

—Por tu propio bien, no seas testaruda, Charlotte. Casarte con Mark Freedman... ¿Qué demonios ves en ese hombre? Es un playboy, no un...

—No un genio de las finanzas —lo interrumpió Charlotte—. Eso es precisamente lo que me encanta de él. Está a mi lado siempre que lo necesito, papá, en vez de marcharse constantemente a hacer negocios en distintos países —como su multimillonario padre había hecho toda la vida—. Quiere estar conmigo. Disfruta haciéndolo. Nos divertimos juntos.

—¿Que os divertís? —bramó su padre—. Llevas mi sangre, hija mía. La diversión con Freedman te aburrirá al cabo de un tiempo. Ahora es una novedad. No está mal tener un juguete con el que jugar siempre que eso te proporcione placer. Pero el matrimonio es un negocio muy serio.

—Para mí no es un negocio —replicó con fiereza, indignada por la forma despreciable de calificar su relación con Mark—. Es sentirse amada. Y estoy completamente decidida a experimentar ese sentimiento en mi vida.

—No durará —había concluido su padre.

Pero Charlotte estaba resuelta a que durara. Tenía treinta años. Quería tener hijos. Mark, también. Juntos eran felices, y se sentían felices planeando el futuro. Mark no era un playboy. Organizaba eventos, y lo hacía muy bien. Charlotte estaba deseando ayudarlo en el negocio después de casarse. Pero no quería alejarse por completo de su padre. En los meses anteriores, aunque de mala gana, parecía haber aceptado a Mark en el círculo social de la familia, pero el día de Navidad... Tenía que solucionar aquello antes de la boda; antes de la fiesta de Nochevieja aquella noche en el yate. Si su padre volvía a desairar a Mark...

Respiró profundamente para aliviar la tensión que sentía en el pecho. El reloj del salpicadero indicaba que había pasado la hora de la comida: eran casi las dos de la tarde. Con un poco de suerte conseguiría tener una charla en privado con su padre. Se limitaría a saludar a su madre al llegar.

Había dicho a Mark que pasaría el día en el salón de belleza para prepararse para la noche, por lo que no sabía que iba a ver a su padre. Tendría que ser una charla breve. Mark la esperaba a última hora de la tarde en el piso en que vivían en Double Bay.

Durante el resto del viaje, a lo largo de las playas del norte de Sidney, Charlotte ensayó mentalmente lo que quería decir, con la esperanza de llegar a un acuerdo con su padre. Cuando se bajó del Mercedes en la mansión familiar, estaba decidida a ganar. Se abalanzó hacia el vestíbulo, donde se llevó una desagradable sorpresa al ver al mayordomo que llevaba un carrito con cafés al salón.

—¿Tienen visita mis padres, Charles?

—Buenas tardes, señorita Charlotte —la saludó, recordándole que no había que desatender los buenos modales. Era un hombre alto e imponente de cincuenta años, la máxima autoridad en el gobierno de aquella inmensa casa y conocido por su insistencia en los buenos modales en todo momento.

—Lo siento. Tengo prisa. Debo hablar con papá.

—El señor Ramsey —le dijo mientras le señalaba las puertas del salón — está acompañado de su hijo y un amigo de Londres, el señor Damien Wynter. La señora Ramsey tenía cita en la peluquería.

Charlotte frunció el ceño. Era un alivio que su madre no estuviera, pero tenía que conocer al amigo de Peter y darle un poco de conversación antes de decirle a su padre que tenía que hablar con él en privado. Este no querría marcharse y dejar esa nueva relación con el hijo y heredero de otro multimillonario. La red de grandes negocios ya se habría puesto en marcha. Pero ella estaba allí. Tenía que intentarlo.

—¿Va a tomar café con los señores, señorita Charlotte? —le preguntó Charles.

—No, gracias. No voy a quedarme tanto rato.

Charles dejó el carrito para acompañarla a la puerta del salón y anunciar su llegada. Charlotte trató de adoptar una expresión amable y de ocultar la ansiedad que le producía la situación. Los tres hombres se levantaron cuando entró. Peter y su amigo le daban la espalda, en tanto que su padre se hallaba frente a ellos sentado en el sofá. La mirada de Charlotte se dirigió directamente a él cuando le sonrió, sorprendido, para darle la bienvenida.

—Charlotte... —extendió los brazos para abrazarla.

—Es mi hermana —oyó que Peter murmuraba a su amigo, pero no los miró.

Se dirigió directamente a su padre para abrazarlo, aliviada porque el hecho de que Mark no le gustan no influyera en su amor por ella. A pesar de todos sus defectos como padre, ella también lo quería. Era su padre. Y esperaba poder lograr su comprensión aquella tarde.

La señorita Charlotte... la hermana de Peter... Damien Wynter se sintió inmediatamente interesado. Era una mujer espectacular, a diferencia de Peter, que, evidentemente, se parecía a su padre: ojos azules, pelo rubio rojizo, piel blanca y pecosa en un rostro de huesos prominentes, físico corpulento...

El pelo de Charlotte era del color del azúcar tostado tenía una larga y espesa melena brillante. La piel era del color de la miel, y tenía los ojos castaños como su madre, aunque no tan oscuros. Brillaban con inteligencia, lo que confería una vitalidad natural a un rostro que poseía un gran atractivo individual; no era, desde luego, el de un patrón de belleza tradicional, sino fuerte y con carácter, al que se unía la sensualidad de la suave curva de la mandíbula y de la boca grande de labios gruesos. Tenía una figura muy femenina. El atrevido vestido que llevaba resaltaba las voluptuosas curvas de su cuerpo. No era una prenda descaradamente sexy, sino muy modesta: un vestido sin mangas, de cuello rectangular, sin escote, que le llegaba a la altura de la rodilla. El diseño era sencillo, pero la combinación de colores asombraba. Era básicamente de color violeta oscuro. En el lado inferior izquierdo de la falda había una gran flor de color blanco con el centro rojo brillante y la punta de los pétalos también rojos. Una flor parecida, pero mucho más pequeña aparecía sobre el seno derecho. La escasa cintura se hallaba rodeada de un ancho cinturón negro, y unas sandalias blancas y negras conferían un gran atractivo a los pies desnudos. Sólo una mujer con una gran seguridad en sí misma elegiría un vestido así, una mujer que supiera lo que le gustaba y que no tuviera miedo de expresar su individualidad. Y una mujer a la que no le preocupara estar tan delgada como una modelo. Damien pensó que era atrevida, segura y muy atractiva, al tiempo que aumentaba su interés por ella.

Tuvo una idea repentina: tal vez fuera aquélla la compañera de por vida que estaba buscando. Ambos procedían de familias inmensamente

ricas, por lo que a ella no le preocuparía ese aspecto. Otra cosa era que quisiera casarse y formar una familia. Podía ser una muchacha malcriada, como muchas otras de las herederas que había conocido. Pero en aquel momento, sentía la excitación correrle por las venas. Si Charlotte Ramsey se parecía a Peter en el carácter, la visita a Sidney podría ser el comienzo de la clase de vida que anhelaba desde que era un niño: algo real, sólido y duradero.

Charlotte se puso de puntillas para hablar a su padre al oído.

—Tengo que hablar contigo. Es importante, papá —le rogó.

Su padre frunció el ceño cuando ella se separó. Lo miró con ojos implorantes.

—Antes te voy a presentar a un amigo de Peter —le dijo en tono de recriminación.

—Desde luego —accedió inmediatamente al tiempo que se daba la vuelta para ver al visitante, sin estar preparada en absoluto para lo que se iba a encontrar.

Danien Wynter no parecía inglés. No se parecía a nadie que conociera. Era tremendamente guapo, como un amante latino, un aristócrata español de piel morena, pelo negro y ojos tan oscuros que también parecían negros y que brillaban inquisitivos al mirar directamente los de ella, lo que hizo que le diera un vuelco el corazón. Aquel hombre era pura dinamita sexual. Era tan alto como Peter, pero su cuerpo, perfectamente proporcionado, poseía mucha más elegancia, que se manifestaba de modo informal en una camisa blanca sin cuello y unos vaqueros negros. Su cuerpo tenía una cualidad ágil y animal que le hizo pensar que estaba a punto de abalanzarse sobre algo, y que ella era la presa. Sintió un escalofrío de excitación. El susto ante su respuesta al magnetismo sexual de aquel hombre hacía que su mente intentara recuperar el sentido común. Damien Wynter era de esa clase de hombres que harían sentirse así a cualquier mujer. No es que ella fuera especial. Pero por un momento, deseo que Mark tuviera el mismo poder.

La gran mano de su padre en la espalda, que la empujaba para que avanzara hacia el invitado, hizo que se recuperara de su estado de aturdimiento. Sonrió con la esperanza de que la sonrisa ocultara lo violenta que se sentía al verse atrapada por aquel impacto físico inicial. El aspecto no lo era todo. De ninguna manera.

—Damien, es un placer presentarte a mi hija, Charlotte —dijo su padre con mucho más entusiasmo del que nunca había demostrado a Mark.

Lo que puso furiosa a Charlotte.

—Es un placer conocerte, Charlotte —replicó el hombre al tiempo que daba un paso hacia delante y le tendía la mano.

Ella la tomó automáticamente por cortesía, y volvió a estremecerse ante el contacto eléctrico de aquellos fuertes dedos que se entrelazaron con los suyos.

—Peter me ha hablado de ti. Estoy segura de que se encargará de que lo pases bien mientras estás en Australia.

Los ojos oscuros del hombre la miraron con tal intensidad que se le cortó la respiración.

—Estoy contento de haber venido.

«Por ti». No dijo esas palabras, pero ella las oyó. Y la presión de su mano reforzó la relación, no deseada por Charlotte, que estaba imponiendo entre ellos.

—Siento no poder quedarme, pero tengo muy poco tiempo y tengo que resolver un asunto urgente con mi padre —dijo muy deprisa mientras le soltaba la mano y se volvía hacia éste—. ¿Vamos a la biblioteca?

—¿No puede esperar hasta que tómenos café?

—Por favor, papá. He hecho el viaje hasta aquí y tengo que volver...

—De acuerdo —gruñó su padre—. Ahora vuelvo —dijo a Peter y Damien.

—Disculpadnos, por favor —rogó Charlotte con una mirada rápida a los dos hombres, sin detenerse en los ojos oscuros de Damien, que sintió clavados en la espalda mientras huía de allí. Se dijo que Damien Wynter era, sin lugar a dudas, un mujeriego con mucha experiencia. No valía la pena volver a pensar en él.

Damien la vio marcharse mientras analizaba febrilmente diversas posibilidades.

—No está libre —dijo Peter con sequedad.

—¿Qué quieres decir?

—Que se va a casar dentro de dos semanas.

Tras la sorpresa vino la incredulidad. No se lo había imaginado. Charlotte había establecido una conexión con él. Ningún otro hombre debía llevársela. Trató de sondear a Peter.

—¿Te gusta su prometido?

—Es un adulator que sólo busca su dinero, pero nadie ha conseguido que Charlotte se dé cuenta —dijo con una mirada de desprecio.

Damien sintió que se ponía agresivo. Él se encargaría de que se diera cuenta de una u otra forma.

—¿Estarán en la fiesta en el yate esta noche?

Peter le dirigió una mirada inquisitiva y negó con la cabeza.

—Estarán, pero no conoces a Charlotte. Se ha empeñado en casarse con Mark Freedman y, créeme, mí hermana es muy, muy obstinada. No tienes ninguna posibilidad, amigo mío.

La reacción de Damien fue pensar que sí la tenía, pero se encogió de hombros y cambió de tema, para no demostrar claramente su interés por la hermana de Peter. Aquella noche tenía la intención de saber muchas más cosas de Charlotte Ramsey, y si le gustaban, nada iba a impedirle actuar en su propio interés.

—¿Qué es ese asunto tan urgente? —masculló su padre mientras Charlotte cerraba la puerta de la biblioteca—. Has sido muy grosera con Damien Wynter al marcharte de esa manera.

Le dolió la crítica, sobre todo cuando la aprobación que su padre negaba a Mark se la había dado a Damien con tanta rapidez. Se le borró el discurso que había ensayado con tanto cuidado. Se volvió hacia él para acusarlo.

—No tan grosera como lo fuiste tú con Mark el día de Navidad, sin prestarle atención cuando sólo trataba de...

—Me estaba haciendo la pelota —la interrumpió su padre enfadado—. Detesto a la gente que lo hace. ¡Maldita sea, Charlotte! ¿Es que no te das cuenta? —alzó las manos contrariado—. ¿Cuándo vas a ser razonable? Damien Wynter es el hombre con el que deberías casarte, y ni siquiera le concedes un minuto de tu tiempo.

Charlotte Sintió una oleada de resentimiento. Damien Wynter había utilizado ese minuto, y se había lanzado de tal manera que todavía se sentía alterada.

—Voy a casarme con Mark, papá —dijo con voz crispada—. Y no quiero que lo desaires esta noche.

—Pues que no se me acerque —le espetó su padre, cortando el aire con la mano en un gesto de desprecio.

—¿Quieres que yo tampoco lo haga? —alzó la barbilla desafiante—. ¿Es eso lo que quieres?

Su padre se puso rojo de furia. La señaló con el dedo.

—Te lo he dicho ya y te lo vuelvo a repetir: que Freedman firme un contrato prematrimonial. Si consigues que lo haga, te prometo que toleraré a ese hombre sólo por ti Charlotte. Es lo máximo que puedo hacer. No hagas perder la paciencia —se dio la vuelta y salió de la biblioteca dando un portazo.

Charlotte temblaba por la intensidad de la cólera que la embargaba. Había creído que convencería a su padre de que fuera razonablemente amable con Mark. Sólo era cuestión de tiempo en cuanto viera lo feliz que era con él. Pero se temía que eso no iba a suceder jamás. Aunque presionara a Mark para que firmara un acuerdo prematrimonial, cosa que

ella no quería hacer, ¿significaría un cambio real en la actitud de su padre hacia él? Detestaba aquella situación. Y detestaba a Damien Wynter por haber ido a su casa y servir de elemento de comparación para su padre. Claro que había obtenido su aprobación inmediata: era uno de ellos, nacido en la riqueza y con el único objetivo en la vida de acumular más. No quería ser la esposa consciente de sus deberes sociales de un hombre así, razón por la que había elegido a Mark.

Pero se sentía desdichada al marcharse de la mansión de Palm Bach, desgarrada por multitud de necesidades, algunas de las cuales no podía satisfacer.

Capítulo 2

Damien Wynter... Charlotte puso una barrera mental de rechazo al hombre que bajaba de la limusina con su hermano, cuya imponente altura superaba por algunos centímetros. Aún resultaba más llamativo vestido de esmoquin. No le cabía duda alguna de que todas las mujeres de la fiesta se lo comerían con los ojos esa noche, lo cual estaría muy bien siempre que se centrara en ellas y la dejara en paz. Desde donde se hallaba en la cubierta superior del yate de su padre, vio a los dos hombres bajar por el muelle charlando amigablemente. Otro detalle que aumentaba su irritación era que a Peter le cayera tan bien Damien Wynter, mientras que no se había molestado en hacerse amigo de Mark. ¿Iba perder tanto a su padre como a su hermano por casarse?

«Pero tengo que vivir mi vida», se gritaba a sí misma angustiada. Ser hija y hermana no era suficiente. Quería un compañero que deseara compartir su vida, y cuando conoció a Mark ya desesperaba de poder hallarlo. No le estaba resultando nada fácil. Sólo Mark le facilitaba las cosas. Pero en aquellos momentos no se encontraba a gusto con nada.

—¡Ah! Ahí llegan los últimos —comentó Mark con satisfacción. Había observado que estaba distraída. Habían subido a bordo hacía un rato y veían a los invitados llegar. El yate navegaría hasta el centro del puerto de Sidney y se situaría en una buena posición para ver los fuegos artificiales de Nochevieja. Era la primera vez que la familia Ramsey había invitado a Mark al Sea Lion, y se le veía entusiasmado con la experiencia.

—No llegan tarde —dijo Charlotte mirando el nuevo Cartier que le habían regalado sus padres por Navidad—. A la hora en punto. Son las ocho. Peter sabe que papá no espera ni un minuto.

—Tu padre es un hombre que inspira respeto —observó Mark con ironía.

Charlotte sonrió forzosamente. Quería eliminar la ansiedad que albergaba sobre la actitud de su padre hacia Mark.

—No te preocupes por papá. Va a ser una noche estupenda y me encanta que estés aquí conmigo.

Mark le devolvió la sonrisa. Se le iluminó la cara con el encanto cálido y pícaro que la había atraído desde el primer momento. Mark no era un ejemplo del macho tradicional, pero era muy masculino a la hora de hacer el amor. Su altura casaba muy bien con la de ella, muy por encima de la media, lo que les permitía un ajuste físico perfecto. Su pelo espeso y ondulado invitaba a acariciarlo, a diferencia del estilo de pelo muy corto que le gustaba a su padre. Sus ojos de color avellana invitaban a la diversión, en vez de mirar desafiantes. Las cejas arqueadas se movían con malicia. Charlotte nunca lo había visto fruncir el ceño disgustado o impaciente. Tenía la nariz afilada y la barbilla estrecha y bien dibujada, pero la boca era suave, su sonrisa era suave, y su calidez hacía que

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

